



CAPITULO XII

LA PICADURA DEL VIBOREZNO

Nerón obedeció sin chistar á su madre. Después de haberle tal tropel de jueces enviado, presentóse como un reo. Agripina imperaba con tal dominio sobre su móvil temperamento, que rara vez la desobedecía, y siempre acababa por hacer, bien ó mal de su grado, todo cuanto ella quería. Por tal causa y motivo Agripina estaba condenada resueltamente á concluir en una gran catástrofe. Si Nerón hubiera podido huirla, contrastarla, imponerle su voluntad, acaso le respetara la vida. Pero no pudiendo más que obedecerla, se creía, para emanciparse de su yugo, en el caso de matarla. Y así, cada nueva demostración que daba del omnímodo poder propio sobre su hijo, impelíala, en concepto de éste, á la muerte. Muy tornadizo y cambiante por la sucesión atropellada y vertiginosa de sus emociones, cambiaba de juicio según y conforme cambiaba de impresión. Y unas veces admitía como posible hasta matar á su madre, y otras veces creíase perdido y abandonado, como cualquier huérfano vulgarísimo, si de su madre se desasiera, si su madre le faltaba. Con esta inconsistencia, nada más fácil que mandar como juez implacable grande turba de pretorianos y espías y esbirros y verdugos como en ojeo ahora, para luego seguirla como sigue á la yegua el potranco recién nacido que necesita de sus tetas. Corrido y avergonzado Séneca de las acusaciones asestadas con tan fulminante

frase por la emperatriz, en vez de tomar temperamentos de venganza y odio al golpe de la herida, tomó temperamentos de paz y de concordia. El más elocuente y sabio de los idos á la entrevista con aquella mujer altanera interpretó como sublevaciones de una inocencia pura los arrebatos de su soberbia horrible. Y después de defenderla, por lo menos excusarla, conjuró al emperador á que la viese y le hablase. Nerón aceptó el consejo y fué al palacio Antonia, donde su madre habitaba; como niño muy mal criado, concluía por ardientemente reconciliarse con su madre y señora, después de haberle su madre reñido. Así dió un salto y se lanzó á su cuello.

— ¡Ven ahora tú con marrullerías! ¡Buena me tienes! ¡Enviar á su madre una turba de malvados, como si fuese bandido que apresar ó reo de lesa majestad á quien perseguir y matar!...

— Perdona, madre, perdona. Vinieron allí unos cuantos delatores y me llenaron la cabeza de viento. El vino, después de comer, le arrastra por donde quiere á uno, y así no debe maravillarte que haya incurrido en alguna barbaridad. Si vinieron irreverentes á desacatarte y herirte, sabe como no tengo yo la culpa; serían una manada de tigres expedida por un cordero á tu presencia, pero nada más. Los tigres ya se han ido, alejados por tu imperiosa voz, y el cordero á tus pies ahora se halla pidiendo que le permitas lamerle las manos.

— Mucho me ha indignado todo lo sucedido; pero ya sabes que soy de buen componer y muy dada por mi naturaleza y por mi educación al olvido de las injurias. Te mentiría si llegase á ocultarte que me sacaron de sus casillas los tales tumultuados, pero muy particularmente y con mayor especialidad el infame y perversísimo Séneca. No lo puedo sufrir, porque á la más redomada hipocresía suma la más negra ingratitud. Echándoselas de casto, enamora sin pudor á cuantas mujeres encuentra en su camino. Echándoselas de republicano, ejerce una insoportable tiranía hasta en las conciencias por la grande autoridad y poder de su palabra. Echándoselas de puro estoico, hace de los palacios un uso como el que pueda un cuerpo hacer de un alma, y corre á engrosar el número de los cortesanos con cinismo propio del último de los aduladores. Encareciendo el haber llegado por el puro pensamiento á desasirse del

yugo extraño, adscribióse por sus acciones como siervo humildísimo del tropel de libertos que aduló en todo tiempo y en toda ocasión á mi esposo Claudio. Dos veces ha debido sufrir la última pena, si aquí en Roma hubiera justicia: una por haber divinizado y otra por haber malherido á los césares. Predica la pobreza, y goza fortuna que sube á siete millones de dracmas. Aconseja desprecio del excesivo lujo, y tiene sólo en trípodes quinientas hechas de limoneros y montadas en marfiles ó en metales preciosos. Se ha casado con una mujer tan poderosa como bella, y hemos tenido que remover cielo y tierra para preservarlo de causas por adulterio muy justamente comenzadas. Y un bellaco así no duda en echárselas del enviado de tu justicia por sus méritos y por sus virtudes á ofenderme, acusarme y herirme. Con él, únicamente con él me propasé; pero, créelo, fué porque nadie tenía tanta obligación como él de lamerme la planta de los pies y matarse de un golpe á una señal mía, porque sin mí hace mucho no perteneciera el malvado al mundo de los mortales. Créete que me irrita.

—Vamos, no te irrites, madre. Vuelve á tu calma, viendo cuán obediente vuelve á ti el hijo de tus entrañas. Compréndelo: muchas veces no sabemos lo que nos pescamos cuando á los esfuerzos y trabajos de una digestión difícil se juntan los vapores del vino. Ahora ordéname cuanto quieras y en todo te verás obedecida. Nerón sólo quiere ser á su madre grato, á su madre, que le ama siempre y á quien él ama también de todo corazón.

—¡Pérfido! Me amas y procedes con tu madre, á quien estás obligado por el trono y por la vida, como procedes. Me has puesto el estigma de la condenación en la frente. Cuando salgo á la calle, aquellas muchedumbres, que me vieron antes tan acompañada y que ahora me ven sola, huyen de mí como si fuera yo la peste. Hanme visto lanzada del Palatino y reclusa en este frío palaciete. Hanme visto abandonada de mis guardias pretorianas, sin cohortes y sin corte. Hanme visto sin la sombra de mi legión germana que me seguía por todas partes y de todo atrevimiento del pueblo me defendía y me preservaba. ¿Qué soy ahora en este abandono ó en esta soledad?

—No me arguyas porque practico las enseñanzas que me dieras tú de palabra y con ejemplos. Hasme dicho cuán propia te

parece de un César la soledad allá en lo alto. Pues ya me tienes enteramente solo. Pero en esta soledad tú me acompañarás por todas partes y siempre. Ahora paréceme convenientísimo, para evitarme á mí murmuraciones y á ti responsabilidades, que vivamos uno lejos del otro. Viéndote sin guardia, sin corte, sin palacio, nadie te atribuye mis actos, y perdiendo las apariencias del poder, gozarás y disfrutarás todas sus ventajas y todos sus provechos. Así pídemme cuanto quieras: todo te será concedido.

—Pues te reclamo penas á mis enemigos, correspondientes con su crimen de lesa majestad, y premios á mis amigos, correspondientes con sus devociones al trono y á quien lo llena con su presencia. Quiero que Silana, por autora del enredo, causa del desacato, muera; pues de vivir, tras haber ofendido á una emperatriz, ella sola sería mayor que todo el imperio y todos los césares juntos. Y no debes matar sólo á Silana: con su muerte no darías aún el debido escarmiento. Precisa que mates al cuitado Antimeto también, por haber concebido el plan y haberlo seguido hasta el fin. Me han ofendido á mí, tu madre, y se han burlado de ti, su César. En cuanto á Paris también te pido su cabeza.

—No prosigas, madre; no puedo complacerte de manera ninguna en lo relativo á Paris. Un comediante vale más para mí que un filósofo, pues el comediante me divierte y el filósofo me aburre. No estamos tan ricos de artistas en Roma para que sacrifiquemos así un hombre de la inteligencia, del gesto, del genio, del gusto, del arte que todos reconocemos y proclamamos á una en Paris, gloria y ornamento de nuestro teatro. Si me pides la vida de Séneca ó la vida de Paris, preferiré darte la vida de Séneca. Quiero al comediante yo como puedo querer á mis potros de Tesalia y á mis papagayos de India. Morirá Silana, morirá también Antimeto; mas Paris no puede morir, porque no hay tantos seres agradables en el mundo para que nos privemos de uno. Cuando tantos que me cargan respiran y viven, paréceme, Agripina, mal que uno tan grato para los recreos padezca y muera. Pídemme cualquier cosa menos esa. Paris no puede morir. Mejor será que me tientes á la concesión de mercedes que no á la aplicación de castigos. Pídemme antes favores para tus amigos que para tus enemigos penas.

—Me conformo con lo que propones.

- Pide, pues, Agripina.
- Sabes que Fenio me facilitó los medios de cazar á Claudio, sin cuya caza no serías tú César, ya lo sabes.
- Lo sé.
- Pues no ha sido recompensado con arreglo á sus merecimientos.
- ¿Qué pides para él?
- Pues pido la intendencia de los víveres que proveen á palacio.
- Concedido. La corte comerá menos; él más.
- Stella me ha salvado de cien enemigos tan hábil en esgrimir el puñal como en componer y propinar los venenos.
- A éste deben premiar los dioses infernales por las muchas gentes que les ha mandado á deshora y antes de sazón ó tiempo; mas como te empeñas tú, le daremos la dirección de los juegos. En vez de concluir con romana gente, concluirá con gladiadores y con bestias.
- Badilo debe ir al Egipto.
- ¿Por sus quiromancias?
- Anteyo, de gobernador á Siria.
- ¿Por su magia?
- No te chances. ¿Lo concedes todo?
- Concedido.
- Gracias, ¡oh dioses! Todavía tengo hijo.
- Siempre lo has tenido, madre.
- Ahora, Nerón, hablemos de ti.
- ¿De mí?
- De ti.
- ¡Famosa ocurrencia!
- No hay remedio. Preciso me será decirte algunas durezas; pero no puedo pasar por otro punto. Me lo impone mi deber y lo pide tu felicidad.
- ¿Conque después de haberme pedido tantas gracias y hécholas yo sin vacilar un punto y sin excepción alguna, todavía me riñes y me predicas y me reconvienes y me atormentas y me castigas?
- Si en tu infancia no te prestaras á oír mis órdenes, jamás

tuvieras el imperio; si en la mocedad no procedes como en la infancia, no lo conservarás. Haces muchas cosas que te pierden. Prescindes de muchos deberes, los cuales te ligan al trono con sus cadenas invisibles. Tu madre no puede, no, dejar de así decírtelo. Todo el mundo te oculta lo que siente respecto del prematuro fin de nuestro malogrado Británico.

— Agripina, te ruego que no hables del fin de Británico para que no hable yo del fin de Claudio.

— Pretorianos y populares lo han llorado como si perdieran un hijo.

— No hagas caso ni de unos ni de otros. Si hubiera de creerlos yo, prescindiría de ti. Ya sabes como la envidia corroe nuestra Roma. Cien mil voces me dicen que sólo seré verdadero emperador cuando me quede sin madre. Y las desprecio, viniéndome adonde tú estas para complacerte con anhelo y servirte con fidelidad en todo cuanto pidas y desees.

— Pues dejemos á Británico y vamos á Octavia.

— No vayas. Eso de Octavia me incomoda y me molesta mucho más que lo de Británico. Tú me has condenado á casarme con ella, pero no puedes condenarme á sufrirla.

— ¡Ven aquí, alma de cántaro, ven aquí! Hice yo casamiento desigual con tu padre, no de familia tan ilustre como la divina familia mía. ¿Cuándo tú, hijo de Eneobarbo, hubieras podido aspirar al imperio si no te casas con la hija de Claudio?

— Será cuanto quieras tú. Habrá representado en la vida mía el ministerio que tú quieras y me habrá hecho el bien que tú recuerdas; pero imposible sufrirla humanamente. ¡Qué virtud tan estéril su virtud! Luego, nadie diría que la pariera mujer tan hermosa como Mesalina. No ha traído los vicios de ésta, que á la postre me importarían bien poco; mas no ha traído la beldad, que me halagaría mucho. La tengo allí en los cubículos imperiales como pudiera tener en jaula un ave. La cuento entre las estatuas de mis galerías, ó entre las yeguas de mis cuadras. Pero nada más, por Júpiter; nada más, Agripina.

— ¡Te quiere tanto! A este cariño une un culto y admiración tan intensos por tus artísticas facultades y por tus inspiraciones, que tienes en ella con una grande amante una severa y devota

sacerdotisa. Y cuando pienso que la dejaste un día por esa oriental Acté, indigna de ser tu esclava, y que ahora le prefieres Popea, una patricia criminal y orgullosa, pierdo la cabeza.

— Mira, madre, mira. No pronuncies, no, ciertos nombres, si quieres que tengamos la fiesta en paz. No me recuerdes Acté, separada ya para siempre de mí, así como no debes hablarme tampoco de Popea, no unida conmigo todavía por consideraciones á esa Octavia, que tú encareces con hipérboles y que por el buen parecer yo sufro impaciente y deseoso de arrojar la pesadísima carga.

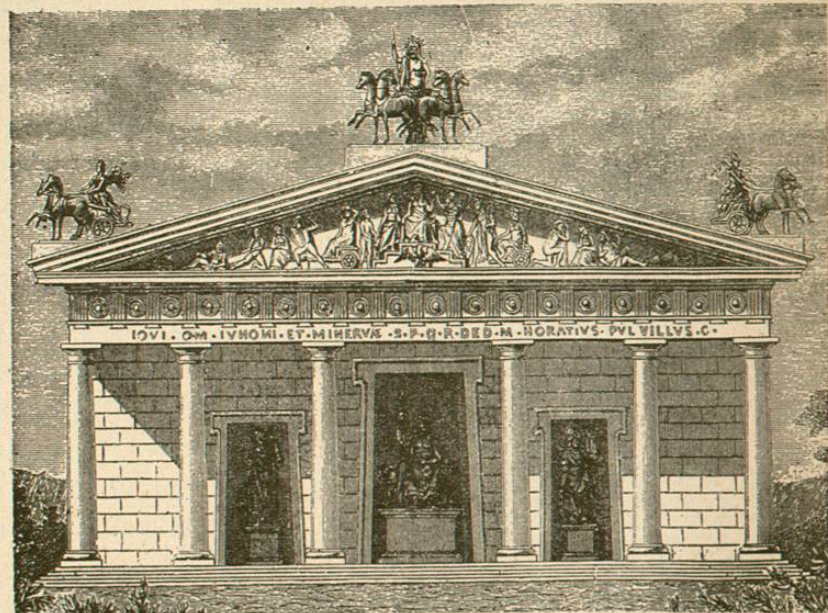
— Ya creo que no posees á Popea: ¡como que la posee Othón!

— Agripina, por los dioses, no renueves todas las llagas de mi corazón y no levantes todas las tempestades de mi alma. Déjame irme de tu lado, bien habido con las horas pasadas junto á ti, así como bien dispuesto á volver. Hete concedido cuanto me has demandado. Muéstrate, pues, agradecida y agradable. Con eso lograrás que nuevamente venga por aquí á buscarte y á decirte cuánto y cuán de veras te quiero. Paréceme que ya es hora de separarnos, y antes de irme deja que te bese con todo cariño en los ojos y que te diga cuán unido á ti estoy, como allá cuando me tenías en tus entrañas.

— Nerón, si no me crees á mí, habrás de perderte y deshonorarte; si me crees á mí, habrás de constituirte por tu gobierno en delicia del género humano y honra de la humana historia.

— Yo no hago más que servir al pueblo. He multiplicado los espectáculos, tan gustosos á la gente romana. He traído maestros para los gimnasios que sobrepongan á nuestro natural rudo la civilización helénica. He dado derecho de ciudadanía en esta soberana ciudad á cuantos presentaban algún mérito y le traían algún ornato. Yo quiero que las letras y las artes dancen alrededor mío como danzan las musas alrededor de Apolo. Yo no hago más que romper cuantas cadenas he visto á mi paso y que levantar cuantos infelices se han hundido en lo profundo. He llamado á todos para que conociesen las cuentas del erario y contribuyeran á la sustentación suya con el menor gravamen posible. Porque no la quiso aprobar el Senado, fuéme imposible promulgar la ley que abroga todos los tributos. He disminuído los delatores y las recompensas

que les eran designadas antes. Los patricios discuten cada día con más libertad en su curia. Los periódicos y los teatros gozan de una libertad absoluta. Los más puros republicanos creen resucitada por mí la República. He restablecido los comicios populares abrogados por Tiberio. Roma es la madre del mundo. Los generales nada tienen que hacer ya por la fundación de este imperio de paz.



Templo de Júpiter Capitolino (restauración)

ya establecido para siempre. Quedarán baldíos los campos de batalla, y donde golpearon hace poco los instrumentos de combate, golpearán ahora los arados, instrumentos de trabajo. El Fénix ha renacido de sus cenizas. La higuera ruminal, que se había secado, rebrota y reverdece. Ahora, madre mía, que me suelten un galgo. Y me voy, pues tengo prisa ya por acercarse la hora solemne de una gran ceremonia religiosa.

Con efecto, habiendo caído sendos rayos en los templos de Minerva y de Júpiter, los centelleos de sus relámpagos, el retumbo de sus truenos, las chispas de sus centellas anunciaron al pueblo la cólera de los dioses y conmovieron al sacerdocio, quien exigió del emperador y de la curia una purificación por medio de lustraciones que dejaran la ciudad como ampo de nieve por su pureza

moral. Reuniéronse las gentes por el campo de Marte, organizadas en curias la nobleza y la muchedumbre ó el pueblo en centurias, los soldados en legiones y compañías, apareciéndose por las varias vestimentas como un vistoso ejército, uniformado con la debida variedad, y por los colectivos cantares como un inmenso coro que despediese suaves armonías. Los toldos de seda rosa en lo alto; las plantas aromáticas en el suelo regado; los ramilletes formando como intercolumnios de flores; las cazoletas ardiendo y exhalando nubes de aromas; las aras lucientes al fuego del sacrificio; los toros y los corderos albos con los cuernos dorados; las vasijas argénteas rebosantes de agua lustral; el hacha y el cuchillo sacros relucientes; los sacerdotes coronados de guirnalda; los sacrificadores envueltos en gasas de linos; el incienso disipado en azuladas nubes; los dioses erigidos en áureas estatuas sobre los altares ornados con bellas cinceladuras; el colegio de las Vestales por un lado, por otro lado los embajadores y representantes de cien pueblos; Nerón de pie sobre una tarima con aires de pedestal ó andas de un Dios, vestido con túnica bordada de púrpura y coronado con tiara concluida por una rama de olivo, presentaban un tal aspecto que parecía vencido el sensualismo imperial y renacientes la majestad y el culto antiguo de la Ciudad Eterna.

Pero apenas la noche vino, cuando el pontífice máximo se trocó en histrión. Desnudóse de sus vestimentas sacras y se ciñó un ignominioso traje de siervo. La cabeza desapareció bajo historiada peluca. La frente se alteró á mixturas que le daban aspecto de rugosa y surcadísima por profundos hoyos. Un mar de aguas varias, henchidas por diversas esencias, cayó sobre las manos y los pies. Una molienda de harina candéal bajaba de sus enfarinados mofletes. Las cejas quedaron en términos contrahechas que parecían como de un reciente brote. Hasta los ojos aparecían como prestados. Ya, disfrazado de tal manera, podía en la noche obscura recorrer á su antojo la ciudad y divertirse á su sabor y á sus anchas, sin que nadie le fuese á la mano. Para disimularse mejor y precaverse contra la curiosidad llevaba un regimiento de mancebos locos y alegres, como él, con la consigna de gritar mucho, correr en todas direcciones, insultar y aun aporrear á los transeuntes, decir indecencias á las mujeres, volcar en las calles los garitos, apedrear las

ventanas de los vecinos que descansaban en paz, robar á los unos por gracia y herir á los otros por puro divertimento, entrar en las tabernas y romper todos los cacharros para que corriera el vino como agua, mover un escándalo en las mancebías é irse sin pagar, urdir mil trampas donde cayesen algunos cándidos y apalea á los vigilantes que cuidasen del orden público; porque de tal suerte nuestro emperador se divertía y se holgaba. Todos los calaveras de la corte formaban este numeroso ejército de gente perdida, yendo por las noches, así que al emperador se lo pedía el gusto, en pos de aventuras y de aventureras hasta que concluía todo aquel desvarío colectivo en un incendio voraz, en una batalla sangrienta. Othón, Tigelino, Petronio, Paris, con cien y cien descendientes de históricas familias, análogas á las dinastías de ahora por sus recuerdos y por sus privilegios, componían esta cohorte de aficionados al escándalo, al juego, al robo, al incendio, al combate nocturno, al estupro en ambulantes y fragorosas orgías. Por la noche que ahora evocamos rompieron algunas costillas á los serenos oficiales y mantearon á los senadores noctámbulos. En esto encontraron una litera, donde reposaba hermosa matrona, circuida de siervos que llevaban hachones encendidos y acompañada de su esposo, quien, para mayor honra y compostura, iba de grado á pie, como quien se mira en la compañera de su existencia, sacro depósito de su amor y de su honra. Llamábase Montán este patricio y disfrutaba en Roma de una gran opinión por la severidad austera de las costumbres y el culto prestado á la libertad y á la justicia. Los cuitados, ya ebrios hasta parecer dementes, sucios del vómito que habían lanzado y de las bebidas que habían vertido, ululantes como verdaderos ojeadores de fieras, frotáronse las manos al ver este cortejo, y se opusieron á su paso por la calle con esos atrevimientos de impudor y de temeridad prestados por la embriaguez á sus víctimas. Dióse al primer asalto y cometió la primer arremetida Nerón en persona. Fuera de sí, no sabiendo qué se hacía, saltó sobre los esclavos conductores de la litera, y metiendo en ésta los dos brazos, arrastró hacia sí la matrona para imprimirle un beso en los labios. Nunca lo hubiera hecho. Á una voz del ofendido cayó sobre las espaldas del monarca una lluvia de palos. Después que lo tuvieron muy apaleado, y por consecuencia muy maltrecho, le patearon el